

## Superior a Moisés (3.1–6)

Los judíos alardeaban de los profetas (1.1) y de la Ley que fue dada por medio de los ángeles (2.2). Creían que habían recibido al más grande de los legisladores, es decir, a Moisés. Después de Moisés, el sumo sacerdote era el funcionario de más importancia en su sistema de creencias.

Una de la metas de la carta consistía en ayudar a los judíos cristianos a no volver al judaísmo. Puesto que tenían en alta estima a los profetas, a la Ley y a Moisés, era importante para el autor demostrar que Cristo era superior a Moisés y al primero de los sumos sacerdotes, Aarón. Consecuentemente, Hebreos 3.1—4.13 toca el tema de la naturaleza superior de Cristo.

### CRISTO, UN APÓSTOL SUPERIOR A MOISÉS (3.1, 2)

<sup>1</sup>Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; <sup>2</sup>el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios.

Los anteriores dos versículos contienen otra declaración/tesis que expresa el eje central del análisis del autor. Moisés era de hecho un profeta y un intercesor. Incluso, anunció que otro profeta lo substituiría (Deuteronomio 18.15–18). Este nuevo «Moisés» y nuevo «apóstol y sumo sacerdote» constituía «algo nuevo que había llegado», tal como fue introducido en 2.17. Bajo el nuevo pacto, Jesús juega obviamente el papel que tanto Moisés como Aarón jugaron separadamente bajo el viejo pacto.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Hay una larga lista de similitudes y contrastes entre Moisés y Jesús en James Burton Coffman, *Commentary on Hebrews (Comentario de Hebreos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1971), 67–69. Algunos de sus comentarios pueden servir para inspirar sermones.

La frase «hermanos santos» se usa solamente acá en el Nuevo Testamento.<sup>2</sup> Pablo usó una frase similar, «fieles hermanos», en Colosenses 1.2, sin embargo, «hermanos santos» es única. Se espera que los «hermanos» sean «santos» por su relación con Cristo (Gálatas 3.26, 27). Las palabras «santo» y «sagrado» son traducciones de la misma raíz griega: ἅγιος (*hagios*) es un sustantivo y ἁγιάζω (*hagiazō*) es un verbo. La palabra significa «poner aparte», dedicado a Dios. El autor estaba aparentemente aludiendo al concepto antiguotestamentario de «nación santa» (Éxodo 19.6; 1ª Pedro 2.9). La designación «pueblo santo» es usada siete veces en el Antiguo Testamento. La vemos por primera vez en Deuteronomio 7.6, y la encontramos por última vez en Daniel 12.7. Los cristianos ciertamente son los «santos» de Dios, el pueblo apartado (ἅγιοι, *hagioi*).

Somos «participantes del llamamiento celestial», habiéndonos hechos como tales, cuando aceptamos a Cristo y comenzamos nuestro progreso en el «supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3.14). Aparte de esta ocasión, el término «llamamiento» fue usado ocho veces por Pablo y una vez por Pedro;<sup>3</sup> no lo vemos en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Nuestro llamamiento es de naturaleza «celestial». El adjetivo «celestial» se encuentra seis veces en Hebreos (6.4; 8.5; 9.23; 11.16; 12.22). Se usa en referencia a nuestro «llamamiento» porque nos conduce a «Jerusalén la celestial» (12.22)

---

<sup>2</sup> Algunos manuscritos posteriores consignan «hermanos santos» en 1ª Tesalonicenses 5.27. La KJV y la NKJV así lo consignan, sin embargo, la palabra «santos» se omite en la ASV, la NASB, la NIV y la RSV, ya que los mejores manuscritos no lo consignan así.

<sup>3</sup> N. del T.: El autor se refiere a las veces que la palabra en inglés, «calling» (llamamiento) aparece en su versión. La Reina Valera usa en algunos de esos pasajes la palabra «vocación».

y a la patria celestial (11.16), así como el llamamiento de Abraham lo condujo a él.

El nombre de «Jesús» se menciona por vez segunda en Hebreos en 3.1. Su nombre constituyó un término clave para el autor; se encuentra catorce veces en la carta. Su aparición en este pasaje pudo haber sido para resaltarles a los hebreos Su aspecto humano, con el fin de que supieran plenamente que Él era uno de ellos en la carne.

La palabra «apóstol» ἀπόστολος (*apostolos*) significa «uno que es enviado». En el Nuevo Testamento significa particularmente alguien «enviado con autoridad o poder divino». La forma sustantiva no se aplica a Cristo en ninguna otra parte del Nuevo Testamento; sin embargo, a menudo es usada la forma verbal ἀποστέλλω (*apostellō*). Es una palabra muy común, se encuentra más de cien veces en el Nuevo Testamento y se usa por primera vez en Mateo 15.24.

Tanto Moisés como Jesús fueron enviados por Dios en misiones especiales (Éxodo 3.10), por lo tanto, a los dos se les ha referido como apóstoles de Dios.<sup>4</sup> La narración del evangelio por parte de Juan resalta el hecho de que Juan el Bautista y Jesús fueron «enviados» por Dios (3.34; 5.24, 36, 37; 6.29; 10.36; 11.42; 17.3; vea también 1<sup>a</sup> Juan 4.10). Los apóstoles fueron enviados por Cristo así como Cristo había sido enviado por Dios (Juan 17.18; 20.21).

Un significado básico del término «apóstol» lo constituye «mensajero». Jesús fue en efecto un mensajero de parte de Dios para nosotros. La palabra *apostolos* se refiere a los mensajeros de las iglesias en 2<sup>a</sup> Corintios 8.23 y Filipenses 2.25. La idea de la palabra es la de un «enviado» que representa a un gobierno y tiene la autoridad para actuar por él. El pensamiento original es cercano al expresado en la palabra «misionero», esto es, alguien enviado con una misión. En griego clásico, la palabra era usada para referirse a una flota escogida para ir a la batalla o para el almirante a cargo de la flota.

El principal uso de la palabra en el Nuevo Testamento es para los Doce (Mateo 10.2–5), sin embargo, también es usada para los mensajeros o misioneros escogidos por la iglesia, tales como Bernabé (Hechos 14.4, 14). La palabra conlleva la idea de «alguien que ha sido comisionado».

La comisión total de los Doce vino cuando recibieron el poder del Espíritu Santo en Hechos 2.1–4. Por esta razón, habían sido ordenados a es-

perar el Espíritu Santo (Lucas 24.49; Hechos 1.8). Después de recibir el bautismo del Espíritu Santo, lo cual incluía poderes milagrosos, fueron totalmente capacitados para predicar. La autoridad de ellos impactó final y completamente a las masas de Jerusalén y a la iglesia (como sucede cuando leemos de ello) con la muerte de Ananías y Safira (Hechos 5.1–11). Ese impactante evento sucedió durante un servicio cuando se llevaba el dinero a los apóstoles. Este suceso, junto a otros milagros (Hechos 5.12), produjeron temor en los corazones de algunas personas, incluso creando un rechazo a ser relacionados con los apóstoles. Sin embargo, este temor (5.13) no interfirió con el crecimiento de la iglesia (5.14). Por el contrario, debería ser evidente para nosotros que un respeto sincero hacia los apóstoles y la autoridad de ellos es crucial para el verdadero crecimiento de la iglesia.

Hoy no existen nuevos apóstoles, puesto que seguimos teniendo a los mismos hablándonos con toda autoridad en sus palabras inspiradas. La ayuda que se les prometió a los Doce había de ser dada por el Espíritu, así como se explica en Juan 14–17. Algunos alegan que esas promesas (el recibir revelaciones de verdades, el recordar todo lo que enseñó Jesús y el conocer de eventos futuros; Juan 14.26; 16.13) están en vigencia para nosotros hoy. Sin embargo, tales poderes no son prometidos para los cristianos hoy. Si así lo fueran, podríamos escribir nuevas adiciones a las Escrituras.

Jesús es el «mensajero» de Dios para los hombres a fin de llevar a cabo Su voluntad y establecer la nueva asamblea de Jesús, es decir, la iglesia. Lo hizo mediante los apóstoles, que fueron inspirados por el Espíritu Santo. Teniendo en cuenta estos hechos, Él es un apóstol superior a Moisés o a cualquier otro.

El autor habló de «nuestra profesión». La palabra «profesión» (ὁμολογία, *homologia*) podría referirse a una declaración rígida de fe. Bajo el viejo pacto, la palabra quería decir profesar alianza a la Ley (Éxodo 24.3; Septuaginta). Bajo el nuevo pacto, reconocemos «la buena profesión», la que Timoteo hizo «delante de muchos testigos» (1<sup>a</sup> Timoteo 6.12). Pablo identificó la «profesión» como la que Jesús testificó delante de Pilato (1<sup>a</sup> Timoteo 6.13). El Señor aseveró delante de este gobernador pagano que Él era el rey y que Su señorío estaba en el reino de la verdad (Juan 18.36, 37). Testificar, como la había hecho Timoteo, es hacer una declaración que «profese» que Jesús es Señor de la vida de quien profesa. Decir «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios» (Hechos 8.37) es aceptar ese hecho. Es lo mismo que decir: «Jesús es el Señor»

---

<sup>4</sup> Philip Edgcumbe Hughes, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario sobre la Carta a los Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1977), 127.

(Romanos 10.9, 10). El pronunciar con sinceridad tal frase es hacer «la buena profesión»; rechazar esta verdad es negar a Cristo, lo cual resultará en que Este nos niegue (Mateo 10.32, 33).

La misma palabra para «profesión» se encuentra también en 1ª Timoteo 6.12, sin embargo, en este pasaje tiene el artículo y se traduce como «la buena profesión». Cuando reconocemos a Cristo como nuestro Señor, Este se convierte en nuestro Sumo Sacerdote. Una conversión a Cristo es llamada una «profesión», porque la misma constituye un paso esencial en el comienzo del andar cristiano de todos. Primera de Timoteo 6.12, 13 y Mateo 16.16–18 provee ejemplos de la «buena profesión» siendo expresada. En su carta a los romanos, Pablo dijo que tal reconocimiento es necesario para obtener la salvación (10.9, 10). Hemos de reconocer a Jesús como Señor, el Hijo de Dios. Si uno puede ser salvo por fe solamente, no sería necesario profesar nada.

La confesión (o profesión) de Mateo 10.32 es una acción continua, de manera que no se refiere meramente a la declaración de fe que uno hace al obedecer el evangelio. Cada cristiano debe continuar mostrando diariamente que es un hijo de Dios mediante una vida de confesión. Hebreos 4.14 y 10.23 traen a la mente tanto el acto que se hace una vez como el profesar continuamente a Cristo como Señor. Segunda de Corintios 9.13 se refiere a «la obediencia que profesáis», lo cual implica que uno tiene que vivir una vida en armonía con la fe que uno profesa. Los macedonios lo habían hecho así (2ª Corintios 8.1–5), y a los corintios se les instó hacerlo así por medio de dar generosamente para los necesitados.

Moisés y Jesús fueron fieles en sus ministerios. El término «fiel» constituye otra palabra clave. Se usa cinco veces en Hebreos y se encuentra veintiséis veces<sup>5</sup> en los escritos de Pablo. Los rabinos judíos citaron Números 12.7 (Septuaginta) como evidencia de la fidelidad de Moisés.<sup>6</sup> Este fue fiel cuando incluso Aarón, en el incidente del becerro de oro, fue llevado por mal camino por los israelitas que deseaban regresar a Egipto (Éxodo 32.1–20).

La «casa» de Jesús es la familia de Dios y se le describe como a la iglesia sobre la que Cristo reina (1ª Timoteo 3.15). En relación con Moisés, la palabra «casa» se refiere a la dispensación judía. Moisés llevó

---

<sup>5</sup> N. del T.: La Reina Valera registra veintiséis ocasiones en que esta palabra aparece en los escritos de Pablo, sin embargo, el original griego y otras versiones podrían no registrar esta misma cantidad.

<sup>6</sup> James Thompson, *The Letter to the Hebrews (La Carta a los Hebreos)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1971), 49.

a cabo las instrucciones de Dios al edificarla.

¿Cuál es, entonces, la idea dominante en estos dos versículos? Definitivamente es esta: En vista de que Jesús es el Apóstol de Dios, el Sumo Sacerdote de nuestra profesión y de que fue fiel al que lo designó, la conclusión fundamental es que Él es un apóstol superior a Moisés.

### CRISTO, UN CONSTRUCTOR MAYOR QUE MOISÉS (3.3, 4)

<sup>3</sup>Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. <sup>4</sup>Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios.

Cristo es digno de mayor honra que Moisés. El que construye una casa tiene más honra que un simple siervo<sup>7</sup> de la casa. El gran pintor Miguel Ángel (1475–1564) tiene más honra que sus bellas obras de arte del techo de la Capilla Sixtina. Galileo, «el padre de la astronomía moderna», es digno de más respeto que el telescopio que usó para llegar a sus conclusiones.

¿Cómo pudo Cristo construir la casa de la que Moisés era miembro si no nació hasta 1.500 años después de que muriera Moisés? Esta es otra implicación clara en Hebreos acerca de la naturaleza eterna de Cristo. Lo hizo como parte de Su obra con el Padre, cuando coexistía con Él en la eternidad antes de Su encarnación. Este hecho se insinúa en Hebreos 1.2 y se asevera explícitamente en Juan 1.1–3. Hebreos 13.8 llega a una gran conclusión, diciendo: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos».

El autor no estaba dando a Moisés por menos. Admitió la fidelidad de este gran patriarca, sin embargo, demostró que Jesús era el constructor de la casa en la que Moisés era solamente un siervo. Moisés fue un siervo fiel en la familia antiguotestamentaria de Dios (Números 12.7). Estuvo «en la congregación en el desierto», como mencionó Esteban en su sermón ante el Sanedrín (Hechos 7.38).

Como el constructor que era de Su casa, es decir, la iglesia (Mateo 16.18), Jesús es mayor que la casa y que de cualquier siervo en ella. El que pinta un cuadro, esculpe una figura o diseña un edificio, tiene más honra que el objeto formado.

El concepto de Jesús como constructor de una

---

<sup>7</sup> La palabra griega específica para «siervo» es usada solamente aquí en el Nuevo Testamento, sin embargo, aparece frecuentemente en la Septuaginta. Se trata del termino *therapon*, que supone a alguien inferior a su superior.

«casa» se recoge aparentemente de Zacarías 6.12, 13. Dios prometió que un hijo de David edificaría Su casa, diciendo: «El me edificará casa, y yo confirmaré su trono eternamente» (1<sup>o</sup> Crónicas 17.12). Por lo tanto, parece haber una unificación de la «casa» antiguotestamentaria y de la neotestamentaria, en vista de que los santos justos de Dios de todas las edades están en esta casa. Esta verdad es resaltada en Hebreos 12.23, donde la referencia a los «espíritus de los justos hechos perfectos» tiene que incluir a todos los que han vivido.

### CRISTO, UNA PERSONA SUPERIOR A MOÍSES (3.5, 6)

<sup>5</sup>Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; <sup>6</sup>pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.

Moisés fue fiel, sin embargo, fue solamente un siervo, mientras que Jesús es el Hijo sobre la casa. De modo similar, la «casa» de Moisés era inferior a la construida por Cristo. La casa de Moisés era una sombra (tipo) de la «sustancia»<sup>8</sup> (antitipo) de la casa de Cristo. Colosenses 2.17 y Hebreos 10.1 acentúan esta misma idea.

La ley de Moisés sirvió como un código de reglas para el gobierno religioso y civil de Israel. Primera de Timoteo 1.9 indica que la Ley fue dada para los transgresores y desobedientes; había de señalarles su pecado y demostrar la necesidad de un sistema más generoso de vida y de conducta (Gálatas 3.19; Romanos 7.7). Había de refrenar el pecado y prevenir una propagación universal de la idolatría con la inmoralidad asociada a ella hasta que viniera Cristo (Gálatas 3.19).

Además, un propósito importante del viejo pacto era proporcionar un tipo para la iglesia de Cristo (vea Hebreos 8.4, 5). Cristo no solamente estaría sobre Su casa, sino que también sería el constructor de Su nueva familia espiritual (Mateo 16.18; 1<sup>a</sup> Pedro 2.5, 9). Moisés fue fiel en seguir cada detalle de los mandamientos de Dios con respecto al sistema antiguotestamentario, a fin de que pudiera constituir una figura perfecta de la iglesia.

«... la cual casa somos nosotros», continuó diciendo el autor. Somos los verdaderos «israelitas» cuando obedecemos y poseemos la predisposición

<sup>8</sup> N. del T.: En Colosenses 2.17, la Reina Valera usa la palabra «cuerpo» donde la versión del autor (NASB) consigna «sustancia», lo cual se acomoda mejor con el comentario que hace.

que Dios desea en Su pueblo. Gálatas 3.26–29 y 6.16 muestran que el que se bautiza en Cristo se convierte por fe en parte de Cristo y en parte de la «simiente» de Abraham.

### El que se bautiza en Cristo se convierte por fe en parte de Cristo y en parte de la «simiente» de Abraham.

Somos el Israel neotestamentario «si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza» (vers.<sup>o</sup> 6). Esta amonestación es otro recordatorio para que los lectores no cayeran en apostasía (3.12, 13). Es solamente al continuar en la Palabra de Cristo que podemos verdaderamente ser Sus discípulos (Juan 8.31). Nuestra esperanza se basa en una «confianza osada» (MSG). Tener tal «confianza» (παρρησία, *parrēsia*) significa «gloriarse» en, o acerca, de algo. La palabra «gloriarnos» *καύχημα* (*kauchēma*) puede significar «regocijo valeroso», es decir, tener una confianza llena de adoración hacia el Señor.<sup>9</sup> Los cristianos a quienes se les escribió esta carta estaban en peligro de perder su esperanza firme en el Señor.<sup>10</sup>

Ciertamente, cuando nuestra vida acabe, recibiremos la realidad de la vida eterna, no meramente la promesa de ella, «si retenemos firme» nuestra fe «hasta el fin». Para ser parte de la casa del Señor, tenemos que seguir siendo verdaderos siervos en ella. Estamos seguros en Cristo, sin embargo, es por nuestra fe obediente que nos mantenemos seguros (1<sup>a</sup> Pedro 1.4, 5).

La fe es un acto de obediencia de nuestra parte y no un don directo de Dios. El «don» al que se refiere Efesios 2.8 no es la fe, sino la salvación, así como lo afirma Romanos 6.23. Algunas versiones<sup>11</sup> dan la impresión de que el «don» es la fe, lo cual el idioma griego no permite. La fe es un don indirecto mediante la revelación que Dios nos ha dado (Romanos 10.17). Él ha dispuesto un sistema de salvación al

<sup>9</sup> Brooke Foss Westcott, *The Epistle to the Hebrews: The Greek Text with Notes and Essays* (La Carta a los Hebreos: El texto griego con apuntes y ensayos) (London: Macmillan Co., 1889; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 78.

<sup>10</sup> Hughes, 139.

<sup>11</sup> N. del T.: Las versiones referidas son versiones en idioma inglés, pues las principales versiones en español no presentan esa dificultad. El comentario original del autor con respecto a la palabra «don» de Efesios 2.8 se refiere al hecho de que el pronombre «it» aparece en letra cursiva en versiones como la KJV, la NKJV y la NASB, indicando con ello que no se encuentra en el texto original.



que nos lleva nuestra fe. Pedro les dijo a sus oyentes en el día de Pentecostés que habían de salvarse a sí mismos (Hechos 2.40; KJV). Además, Pablo dijo: «ocupaos en vuestra salvación» (Filipenses 2.12). Ciertamente, la parte que le corresponde a Dios en nuestra salvación constituye el factor que la pone en marcha y la mantiene. Nada de lo que hagamos en obediencia consigue por nosotros la redención ni nos hace merecedores de ella. Pese a esto, las obras de la fe son necesarias. La fe misma es una «obra» que Dios nos ha ordenado que realicemos (Juan 6.29).

¿Podemos honestamente retener «el gloriarnos en la esperanza» como se menciona en 3.6? La NRSV consigna: «si retenemos firmemente la confianza y la gloria que pertenecen a la esperanza». El sustantivo que se traduce como «confianza» significa «franqueza», «audacia», «sinceridad» y «confianza». ¿Hay lugar para el orgullo en el reino? Aparentemente sí, sin embargo, ¿cuál ha de ser el objeto de este orgullo? Podría ser un entusiasmo por asuntos del reino cuando sabemos que estamos reteniendo firmemente y con confianza nuestra fe. El orgullo en el Señor y en lo que Él hace por nosotros puede existir sin que nos enorgullecamos excesivamente en nuestros propios logros.

Nuestra esperanza y orgullo yacen en Jesús. El orgullo en nuestro auto-concebido nivel espiritual nos sitúa del lado del fariseo, cuyo orgullo hacía que sus oraciones no lograran llegar más allá del pináculo del templo (Lucas 18.10–14). Esta clase de orgullo viene «antes del quebrantamiento...» (Proverbios 16.18). Era necesario alentar la clase correcta de esperanza y orgullo en los destinatarios de la carta, pues estaban perdiendo la confianza en su esperanza.

El fundamento de nuestro orgullo reposa en nuestra esperanza; lo cual es mucho mejor que cualquier cosa ofrecida por Moisés y la Ley. De esta forma, es minimizada otra crítica presentada evidentemente por los soberbios judíos y rabinos, porque la esperanza de Israel no residía en Moisés. La «mejor esperanza» está especificada en Hebreos 7.18, 19, y se encuentra en el nuevo pacto «por [el cual] nos acercamos a Dios».

### CONCLUSIÓN

Jesús es definitivamente mejor que Moisés. Es un apóstol superior, un constructor superior y es el Hijo, no un siervo. No solo fue Él superior a Moisés, sino también superior a Aarón, el sumo sacerdote. Jesús creó la casa eterna y sirvió como Sumo Sacerdote en ella.

### «HERMANOS SANTOS» (3.1)

Como cristianos que somos, siempre tenemos posibilidad de crecer espiritualmente, pese a que hemos sido «santificados», o apartados, para los propósitos de Dios. Segunda de Corintios 6.16–7.2 muestra que para perfeccionar la santidad, tenemos que separarnos del mundo. Si somos santificados mediante la palabra de verdad, ciertamente de la misma forma vendrá una santificación continua y en aumento.

No tenemos evidencia de que el Espíritu Santo santifique sin la Palabra, en vista de que esta es Su arma (Efesios 6.17). Es con esa arma que uno es compungido de corazón (Hechos 2.36, 37). El poder de la «palabra viva» es mencionada en Hebreos 4.11, 12, justo después de la amonestación que dice: «... procuremos, pues, entrar en aquel reposo» del cielo. Tenemos que crecer en las virtudes que se requieren para tener una «entrada» al cielo, que nos es «otorgada amplia y [generosamente]» (2ª Pedro 1.10, 11). Con un futuro tan glorioso como el tal, esperando por nosotros, tenemos que «[procurar] hacer firme [nuestra] vocación y elección».

### EL «LLAMAMIENTO CELESTIAL» (3.1)

Nuestro llamamiento vino por medio del evangelio, y por él obtenemos «la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2ª Tesalonicenses 2.13, 14). Moisés recibió un llamamiento directo de parte de Dios en la zarza que ardía (Éxodo 3.1–6), sin embargo, no debemos esperar un llamamiento como el tal. La era de la revelación milagrosa llegó a su fin al completarse las Escrituras. La Biblia provee de forma completa nuestras necesidades y capacita al «hombre de Dios» en todo aspecto para la labor de la predicación (2ª Timoteo 3.16, 17).

El evangelio es el que trae salvación mediante la fe cuando se le escucha, se le pone atención y se le obedece (Romanos 10.17). Hemos de vivir «como es digno de la vocación con que [fuimos] llamados» (Efesios 4.1). El que no vive de acuerdo al evangelio vive de una manera indigna. El evangelio vino de nuestro Señor en los cielos, y en ese sentido, hemos recibido un «llamamiento celestial». Sin embargo, hoy nadie recibe un llamamiento directo de parte del Espíritu, ni del Padre, ni de Jesús. En las Escrituras se encuentran todas las advertencias y amonestaciones que necesitamos, y tenemos que escucharlas. El no ponerle atención a la Palabra es poner oído sordo al llamamiento de Dios.

### FIEL HASTA LA MUERTE (3.1)

Era común en el Imperio Romano, durante los días de la persecución de los cristianos, ofrecer liberarlos si tan solo dijeran en reconocimiento *Kurios Cesar* («Señor Cesar»). Un sacerdote pagano podría ir caminando al lado de una carreta que transportaba a algunos a su muerte, diciendo: «Tan solo tomen una pizca de incienso y juren lealtad a Cesar como Señor y podrán ser puestos en libertad». Muchos responderían, «*Kurios Cristos* [Señor Cristo]». La tentación de entregarse a esta práctica aparentemente insignificante tuvo que haber sido enorme. Alguien podría pensar: «Todavía creo en mi corazón que el Señor Jesús es mi único “Líder”, pese a que estoy reconociendo a Cesar con mi boca». Por el contrario, el reconocimiento externo y lo que está dentro del corazón tienen que coincidir para que la fe o la confesión sean reales.

Los judíos cristianos, amonestados como «hermanos santos», enfrentaban presiones igualmente grandes a volver al judaísmo. Tal vez se les ofreció una opción similar. Por lo menos, tienen que haberse dado cuenta de que sus vidas podían estar en peligro. El autor de Hebreos les recordó que Jesús, el «sumo sacerdote de nuestra profesión», había muerto por haber admitido quién Él era. Ciertamente, esto los debió haber alentado a ellos a seguir Su ejemplo; incluso hasta la muerte, si era necesario.

¡La verdad es que estarían en mayor peligro de morir si no seguían fieles a Cristo! Jesús había anunciado eventos que pronto sucederían. Las señales de Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21 comenzaron a tener lugar cuando un ejército romano se aproximó a Jerusalén después de la rebelión de 66 d.C. Judíos devotos se quedarían en Jerusalén, o cerca de ella, pensando que la breve aparición del ejército en Jerusalén constituía una señal de la liberación de Dios. Los cristianos fieles tenían conocimiento de lo opuesto. Jesús había dicho que los «días [serían] acortados», «por causa de los escogidos» (Mateo 24.22). La pausa del ataque romano les daría oportunidad para escapar de la ciudad, antes de que fuera destruida.

Las oportunidades vienen y van rápidamente. Si no somos hallados fieles en la venida del Señor, será demasiado tarde para volver a entrar al redil y ser llevados a la gloria con los redimidos. Los cristianos que huían de Jerusalén necesitaban que se les recordara que cualquier hermosura existente en el viejo sistema debía acreditarse a Cristo, no a Moisés.

### EL «QUE LE CONSTITUYÓ» (3.2)

La palabra para «constituyó» ποιέω (*poiēō*)

puede significar «hacer». Los Arianos, una secta del siglo cuarto, se aprovecharon de esta palabra y la tradujeron como «hizo», alegando que Jesús fue un ser «hecho» o «creado», y no eternamente coexistente con el Padre. Esta parece ser una traducción más literal. Comentaristas antiguos aplicaron correctamente esta declaración al aspecto humano de Cristo, y no a Su eterna Deidad (vea Juan 1.1–3). En vista de que Jesús participó en la creación de todas las cosas (Juan 1.3), obviamente Él mismo no era un ser creado. Esto refuta la enseñanza de Socino, un filósofo del siglo dieciséis que negaba la deidad total de Jesús. También contradice la enseñanza ariana de que Jesús fue un ser creado y que siempre estuvo subordinado al Padre.

Por supuesto, se preparó un cuerpo para Cristo, de lo contrario no podría haber muerto por nuestros pecados (Hebreos 10.5; citado de Salmos 40.6–8). El Hijo divino no podía haber muerto por nosotros de no haber venido a la tierra en una forma sujeta a muerte. Démosle gracias a Dios porque Él fue «hecho» en lo que somos, para que experimentara todo nuestro dolor y aflicción, a fin de que sepamos que verdaderamente participa con nosotros (Hebreos 2.14). En vista de que hizo eso, nosotros incluso «[participamos] de su santidad» (12.10).

### «TODA CASA ES HECHA POR ALGUNO»

#### (3.4)

El principio de una primera causa se encuentra plasmada en la declaración «toda casa es hecha por alguno». Este mundo no pudo haber llegado a existir por sí mismo, ni tampoco ninguna persona. El que acepta la teoría de que el hombre fue formado por mera casualidad o coincidencia, confronta demasiados problemas imponderables. Los cálculos realizados por matemáticos demuestran que es imposible la existencia accidental de cualquier materia viva. Por lo tanto, algún «constructor» nos hizo e hizo el mundo. Carl Sagan, que era un astrónomo de la Universidad Cornell, creía que no existe nada más allá del cosmos, esto es, que no hay evidencia de Dios en el universo visible. Como muchos evolucionistas, también era un humanista, al creer que el hombre es el más sabio e inteligente de todos los seres. Otros con su misma creencia se imaginan que criaturas fuera de nuestro sistema solar podrían tener una inteligencia superior. ¡Qué extraño! Sagan pudo haber encontrado a Dios en el diseño del mundo a su alrededor y en su propio cuerpo humano, si tan solo hubiese mirado las complejidades en el interior del hombre, las cuales no pudieron haber sido el resultado de la mera casualidad. La evidencia para la fe en un Creador lo rodeaba.

### UN SIERVO FRENTE A UN HIJO (3.5, 6)

A los esclavos o siervos se les podían haber confiado funciones especiales e importantes, sin embargo, no podían ser iguales a un hijo. En su libro *Ben Hur*, Lew Wallace narra la historia de un esclavo judío que salva a un funcionario romano de quitarse la vida. Cuando el hombre se dio cuenta de que su flota había obtenido la victoria, en lugar de sufrir la derrota, estuvo tan agradecido con Ben Hur, que lo adoptó como a su hijo y lo hizo su heredero. Sin esa adopción, Ben Hur habría seguido como esclavo a lo largo de su vida, e inferior a un hijo.

#### «SI RETENEMOS FIRME...» (3.6b)

Si una persona cae de la gracia de Dios, ¿prueba ello que nunca fue salva? Decir que una persona que cae de la gracia nunca estuvo, en un principio, verdaderamente convertida a Cristo, y que nunca tuvo oportunidad de salvación, requiere que se hagan algunas conclusiones particulares, a saber: Alguien que nunca haya «escapado de las contaminaciones del mundo», en primer lugar, no puede enredarse *de nuevo* y ser «vencido», como indicó Pedro (2ª Pedro 2.20–22). No hay un caer *de nuevo* en vista de que nunca escapó de tales contaminaciones. Usar la expresión «apartarse» de 3.12 deja de tener sentido. Tal persona «parecería» solamente haber escapado de la contaminación del pecado del mundo y «parecería» apartarse, sin embargo, ¡Pedro dijo «escapado»! Una salvación incierta ofrecería poca consolación.

La doctrina de la «constancia de los santos» (una vez salvos, siempre salvos) haría innecesaria la oración condicional del versículo 6b. Por supuesto, algunos responderían: «La experiencia de nuestro nuevo nacimiento es prueba de nuestra salvación». A menudo le digo a mis estudiantes: «¡Si sienten que están seguros de la salvación, entonces, tienen prueba absoluta de que tienen un sentimiento! Eso es todo lo que tienen». Podemos tener certeza de nuestra salvación ahora, sin embargo, debemos continuar creciendo en la madurez espiritual (2ª Pedro 1.5–11). Solamente recibimos la realidad completa de la vida eterna cuando (y si es que) «retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza» (vers.º 6). Mientras tanto, estamos «en la esperanza de la vida eterna» (Tito 1.2). Nuestra fe en las promesas de Dios nos da seguridad en la vida que viene. Esta esperanza es lo que el autor temía que sus lectores desearan (10.23; 6.11). Tenemos que ser diligentes a fin de comprender la certidumbre total de la esperanza «hasta el fin».

En cuanto al concepto de que «si nos apartamos, evidenciamos con ello de que nunca estuvimos

verdaderamente convertidos», Juan 15.1–6 muestra que Jesús no sabía nada de tal doctrina. Esos versículos hablan de alguien «en la vid» siendo cortado y quemado debido a su improductividad. La figura de estar «en la vid» no tiene sentido si la persona no estaba en Cristo, si no era un verdadero convertido, o si ni realmente era un cristiano. Aun así, ¡el cristiano que se vuelve infructífero puede perderse! La «imposibilidad de apostasía» adherente tiene que alegar: «Solamente parecía estar en la vid», lo cual el texto de Juan no dice.

Algunos les dan tanto énfasis a las promesas de Dios y pasan por alto los errores del hombre, que hablan como si no hubieran condiciones a tomar en cuenta. El otro extremo resalta la debilidad del hombre hasta el punto de casi rechazar todo poder divino que ayude a los cristianos a mantenerse salvos. Pedro explicó en 1ª Pedro 1.5 que somos «guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero». Si no mantenemos esa fe, perdemos nuestra sujeción de la vida eterna incluso ahora. Estamos seguros en Cristo si continuamos siendo creyentes que confían y obedecen. Los pasajes que nos dicen que tenemos «vida eterna» ahora, tales como Juan 5.24, usan un tiempo gramatical griego para la palabra «creer» que indica una acción presente continua. En otras palabras, seguimos estando seguros, siempre y cuando continúe nuestra fe. Los que no pueden ser arrebatados de la mano del Salvador son ovejas que lo «siguen» (también indicativo presente activo; Juan 10.27, 28). ¡Necesitamos crecer espiritualmente y agregar las «virtudes cristianas» que se mencionan en 2ª Pedro 1.5–11 para que no caigamos o nos apartemos! Como ministros fieles de la Palabra, tenemos que enseñar acerca de las responsabilidades que el hombre tiene de mantener la fe, así como de la ayuda divina de Dios.

Los que enseñan que «Una vez salvos, no podemos caer» son propensos a rechazar declaraciones claras de las Escrituras. Por ejemplo, Gálatas 5.4 dice que algunos habían caído «de la gracia». Siempre que una doctrina quebranta el significado claro de un pasaje bíblico, ¡no puede ser verdad! Philip Edgcumbe Hughes escribió: «Sin embargo, sí significa que el hombre cuya profesión de fe se contrapone a la calidad de su vida debe examinarse a sí mismo, para ver si es cristiano del todo [2ª Corintios 13.5]». <sup>12</sup> Quiso decir que uno tiene que examinarse a sí mismo para ver si está en este

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*

momento «en la fe». Pablo escribió a los «santos» de Corinto que estaban en la fe, al momento de escribir su carta (1ª Corintios 1.2, 2ª Corintios 1.1). No pudo haber querido decir que estos hermanos jamás habían llegado a estar en Cristo. ¿Se equivocaba con algunos, o todos ellos, al darles el sagrado

título de «santos»? Si nunca podían caer, ¿por qué les mandó diciendo: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe...» (2ª Corintios 13.5)? ¿Por qué se les advirtió diciendo: «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga» (1ª Corintios 10.12)?

Autor: Martel Pace  
©Copyright 2005, 2010, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados